

del monte hasta allí no avian en parte alguna hallado que estoviesse cortado un palo ni rama; porque el Enrique, como hombre apercebido y de guerra, lo tenia assi mandado, só pena de la vida, á sus indios, y lo executaba en el que lo contrario hacía. Despues que este indio fue tomado, el capitán Francisco de Barrionuevo se retruxo á un lado, dentro en la montaña, fuera del camino, dejando su guarda, donde le paresció que convenia, para que la gente que passase no tamesse rastro ni sintiessen que andaban por allí criptianos. E informóse de aquel indio en qué parte é dónde estaba don Enrique: el qual les dixo dónde le hallarian, pero que avian de ir çerca de media legua por de dentro de la laguna, en algunas partes hasta la rodilla el agua, y en otras hasta los sobacos é algo mas é menos; y que de la otra parte avia peñas é mangles muy çerrados y espessos (que son árboles de çierta manera muy textidos y dentro del agua en las costas marinas), y que el camino era muy malo. E informados muy bien de la dispusición é passos por donde avian de ir, estaban á legua é media del Enrique; é partieron luego de allí el capitán é su gente fuera de camino, y llegados á la laguna, fueron vistos de unos indios que estaban fuera della en tierra: los quales en el instante se començaron á apellidar é dar voçes, é se recogieron hasta doçe indios, que podrian ser, en las canoas que es dicho; las quales allí tenian, é començaron á dar golpes con los *nahes* ó remos en las canoas, porque los chripstianos sintiessen que estaban dentro ya en ellas los indios, los quales decían á voçes: *A la mar, capitán; á la mar, capitán.* Y él no quiso responder, aunque los chripstianos le decían que respondiesse; pero él replicó é dixo: «Esos indios tienen capitán é no sabemos si le llaman á él ó á mí.» E tornaron á dar voçes é dixerón: *Señor*

*capitán de la Magestad, á la mar, á la mar.* Entonçes el capitán salió de la savana ó monte, echando por los lados del camino por dó yba, algunos compañeros de sus soldados, por yr en órden é saber si avia mas gente de la de Enrique en alguna çelada. Este nombre *savana* se diçe á la tierra que está sin arboledas, pero con mucha é alta hierva, ó baxa. Assi que, de la manera que dicha es, llegó el capitán é los que con él yban á la costa é agua de la laguna (la qual tiene de çircunferencia doçe leguas): é allí habló con los indios de las canoas é les preguntó que dónde estaba Enrique, porque le yba á hablar en nombre de Su Magestad, é á le dar una carta real suya. E preguntóles si avia allí venido el indio ó guía primera que avia enviado solo, como ya está dicho; é dixerón que no avia ido allí tal indio, pero que ya sabian que era venido un capitán que enviaba la Magestad. Entonçes el capitán Francisco de Barrionuevo les rogó que tomassen una india que él llevaba, que avia estado un tiempo antes con el mesmo Enrique, é le conosçia muy bien, para que della se informasse de su venida; é con mucha importunidad la rescibieron, diciendo que avria enojo su señor Enrique. Y entró la india en la laguna, dándole el agua hasta la cinta; é tomáronla en una de aquellas canoas é dixerón que ellos la llevarian á su señor Enrique, é assi lo pusieron en efecto.

Y fecho esto, el capitán é los chripstianos se apartaron de allí quanto un tiro de ballesta, é entráronse á la savana ó campo raso (por su seguridad), donde durmieron aquella noche. Otro día siguiente, dos horas despues de salido el sol, volvieron dos canoas, en que vino un indio principal capitán del dicho Enrique (con doçe indios), llamado Martín de Alpharo, muy pariente del Enrique, y el mas açepto á él. E traia la india que

es dicho; é salieron todos en tierra con sus lanças y espadas, é apartóse un poco de los chripstianos Francisco de Barrionuevo, é abraçó á este indio capitán é á todos los indios que con él salieron á tierra: los quales se tornaron luego á sus canoas, salvo aquel principal que quedó en tierra, hablando con Barrionuevo. E era bien ladino, é hablaba la lengua castellana suficientemente: el qual dixo al capitán nuestro, que le pedia por merçed el señor Enrique, que porque él estaba mal dispuesto, que se fuesse allá; el qual pensó que aquello se le enviaba á decir, para conosçer dél si su yda era por buena amistad, ó fraudossa aquella visitaçion; porque el camino y entrada eran tales, que si mostráran algun temor ó reçelo de la yda, sospecháran Enrique é su gente que los querian engañar ó prender. E por quitarles tal sospecha, se determinó el capitán Barrionuevo de yr allá, aunque contra la voluntad de los mas de los que con él yban; porque reçelaban, segund

la dispusición é passos del camino (que avian de passar), que los podrian los indios matar ó aprovecharse dellos muy á su salvo. Pero el capitán Barrionuevo, non obstante esso, tomó consigo hasta quinze hombres (los que le paresció escoger de los chripstianos), é dexó allí los demás con los indios manssos que avia llevado; é siguió su camino por donde le quiso guiar el Martín de Alpharo, por tales passos é viaje, que era bien aparejado para temer el evento é fin de la jornada que hacían. E aun assi lo yban algunos de los chripstianos que llevaba diciendo é murmurando, porque era muy áspera tierra é muy çerrada y espesa de árboles é manglares y espinos: é indubitadamente los mas de los compañeros pensaban que no avian acertado en creer á aquel indio, é de paresçer de los mas, se tornáran. Pero su capitán conosçió la flaqueza de algunos de su compañía, é díxoles lo que se sigue, por animarlos é que no le dexassen.

## CAPITULO VI.

Del raçonamiento que el capitán Francisco de Barrionuevo hizo á çiertos compañeros que con él yban por un camino sospechoso é áspero, yéndose á ver con el çaque Enrique, llevando por guía á un capitán del mismo Enrique.

«Señores: yo vine acá con vosotros, no á mas de servir á Dios é al Emperador, nuestro Señor; é no será bien que se conosca temor en ninguno de vosotros, pues que soys hidalgos é personas experimentadas en mayores peligros. Quanto mas que aqui no hay de qué temer, y el que quisiere tornarse, vuélvase donde quedan nuestros compañeros, é agúardeme allí: é el que oviere gana de me seguir é hacer lo que debe, haga lo que yo hago; porque yo no tengo de volver un passo atrás, aunque pensasse escapar de TOMO I.

morir: que á esto vine é venís, y á ganar honra é no á perderla.»

E assi seyendo él el delantero, prosiguió su camino, llevando una espada en la çinta, é una lança gineta en la mano, é sin otras armas defensivas ni ofensivas, é con un jubon de cañamaço ó angeo é unos çarahuelles é unas antiparas de bître de las rodillas abaxo, é unos alpargates calçados. E desta manera que he dicho, como buen capitán é animoso caballero, exortando los que con él yban, todos ellos le siguieron é llegaron á una

caleta ó ensenada ó ancon, que estaba no mas de hasta dos tiros de ballesta de donde Enrique estaba. E de cansado del trabajoso camino, se assentó debaxo de un árbol, é desde allí vido en la vuelta del ancon de la mesma laguna á Enrique é los indios que con él estaban. E tuvo mucha razon de descansar, porque hasta llegar allí, muchas veces avian andado á gatas é rastrando por debaxo de los árboles é matas; y tambien lo hizo porque demas de tomar aliento él é los que con él yban (debaxo de aquella disimulación), pudiesse entender é conjeturar mejor la disposición de aquella tierra donde estaba, para lo que le conviniesse hacer, si alguna necesidad le ocurriessse. Y desde allí hizo atravesar por el agua á un mestizo que con él yba é al indio capitán Martín de Alpharo, é mandóles que le dixessen á Enrique que él yba cansado é que por esso avia parado allí, é no por otra causa: é que si el Enrique se recibía, que mirasse que no avia razon para que temiesse, pues veyá como él avia llegado allí con aquellos pocos chripstianos que con él estaban. Pero que si desto no se aseguraba, que él se tornaría á salir á la savana ó á lo raso, y él podría venir con sus canoas á le hablar seguramente ó como él quissiesse hacerlo; porque él yba de parte de Su Magestad á le hablar é traer en paz á su servicio, é le quería el Emperador, nuestro Señor, por suyo, é hacerle mercedes, é le traía una carta de Su Magestad; é que no temiesse de cosa alguna, porque César le perdonaba todas las cosas passadas, viniendo él á su servicio é obediencia, como lo vería por su real letra que le escribía. E assi á este propósito otras palabras exortatorias, á la paz é amistad convinientes, le envió á decir; y cómo el mestizo y el capitán Martín de Alpharo llegaron al Enrique é le refirieron lo que es dicho, luego él comenzó á dar mucha priessa á sus

indios, é llamábalos bellacos, porque no se daban priessa é no avian abierto el camino. E luego tornaron aquel mestizo é capitán (que es dicho) donde Barrionuevo estaba, é le dixeron que fuesse él é su gente toda: el qual envió luego á llamar á los que avia dexado atrás de los españoles en la savana con los indios mansos; é llegados, él comenzó á yr hácia donde estaba Enrique por el camino que ya estaba hasta él abierto. E los indios que le abrian, passaron de allí adelante, abriendo é prosiguiendo su tala hácia donde los chripstianos avian quedado, los quales ya venian haciendo lo mismo. Llegado el capitán Francisco de Barrionuevo, con los chripstianos, donde Enrique estaba, avia allí un árbol grande de buena sombra, é debaxo dél estaba una manta de algodón tendida en tierra; é assi cómo se vieron, fué el uno para el otro, é se abrazaron con mucho plaçer, é assidos de las manos, se fueron á sentar sobre aquella manta. E allí llegó á abrazar al capitán Barrionuevo Tamayo, principal indio (y el que mas daño por su persona hacía en esta isla), y despues deste abrazó á todos los otros indios de Enrique, que eran seis capitanes principales, inferiores é criados deste caçique Enrique, é los otros indios restantes, gandules é hombres de guerra, que serian hasta septenta hombres bien dispuestos, é los mas dellos con lanças y espadas y rodelas. Las quales traían al rededor del cuerpo, desde los sobacos hasta las caderas, rodeados muchas vueltas de hicos ó cuerdas de algodón, juntas y espessas, en lugar de coraças, y embixados todos ó pintados de çierta color roxa, como almágre, ó mas subida color, que se llama *bixa*, con muchos penachos, é puestos en órden, como suelen estar en las batallas é guerra. E mandó el capitán Francisco de Barrionuevo assentar á los chripstianos á un cabo, apar-

tados un poco dél, y Enrique mandó á sus indios que se sentassen al otro cabo. Fecho aquesto, el capitán Francisco de

Barrionuevo, con mucho plaçer é gentil semblante, le hizo un raçonamiento en la manera siguiente.

## CAPITULO VII.

Del raçonamiento que hizo el capitán Francisco de Barrionuevo al caçique Enrique, quando le dió una carta de Su Magestad, é quedaron assentadas las paçes.

«Enrique, muchas graçias deveis dar á Dios, nuestro Señor, por la clemencia y misericordia que con vos usa en las mercedes señaladas que os hace el Emperador Rey, nuestro Señor, en se acordar de vos, y os querer perdonar varios yerros é reduçiros á su real servicio é obediencia, y querer que como uno de sus vasallos seays bien tractado, y que de ninguna cosa de las passadas se tenga con vos memoria; porque os quiere mas enmendado y por su vasallo y servidor, que no castigado por vuestras culpas, porque vuestra ánima se salve y sea de Dios, y no os perdais vos é los vuestros; sino que como chripstiano (pues resçebistes la fé y sacramento del sancto baptismo), seays resçebido con toda misericordia, como mas largamente lo vereis por esta carta que Su Magestad, haciéndoos estas mercedes que he dicho y las que mas os hará, os escribe.»—Y acabado de decir esto, se la dió, la qual Enrique tomó en la mano é tornósele á dar é le dixo que le rogaba que se la leyessse: que él se fiaba dél, porque tenia malos los ojos; y assi era verdad.

Entonces Francisco de Barrionuevo la tomó é leyó alto, que todos los que allí avia lo podían oyr y entender (los indios que entendiessen nuestra lengua); y leída, la tornó á dar á Enrique é le dixo: «Señor don Enrique, besad la carta de Su Magestad é ponedla sobre vuestra cabeza.» Y assi lo hizo él luego con mucho plaçer; y el capitán le dió encontinentemente

otra carta de seguro de la Audiencia Real é Chançilleria de Sus Magestades, que reside en esta cibdad de Sancto Domingo, sellada con el sello real y le dixo assi:—«Yo vine á esta isla por mandado del Emperador Rey, nuestro Señor, con gente española de guerra, para que con ella y toda la que mas hay en aquesta isla, os haga guerra. E mandóme Su Magestad que de su parte os requiera primero con la paz para que vengais á su obediencia y real servicio; y si assi lo hiciéredes, os perdona todos los yerros y cosas passadas, como por su real carta ya aveis sabido. Y assi de su parte os mando é requiero que lo hagais, porque haya lugar que se use con vos tanta liberalidad y clemencia. E mirad que soys chripstiano, é temed á Dios é dalde infinitas graçias é nunca le desconozcais tanta misericordia, pues que os da lugar que os salveis, y no perdais el ánima ni la persona; porque aunque hasta aquí él os ha guardado de los peligros de la guerra, ha seydo porque quando os alcastes, tuvistes alguna causa para apartaros de aquel pueblo, donde viviades; pero no para desviaros del servicio de Dios y de vuestro Rey: porque en fin, si á noticia de Su Magestad llegára que aviades resçebido algun agravio, sed çierto que lo mandára muy enteramente remediar y castigar, de manera que fuérades satisfecho y contento. Pero ya que todo aquello es passado, os digo é çertifico que si agora no venís de coraçon